

# ROSARIO FERRÉ

## TORRES GEMELAS

Si hubiese presenciado el suceso  
en un televisor común y corriente  
a lo mejor no me hubiera  
impresionado tanto.  
Pero era un Sony wide screen último modelo  
con sonido estereofónico y alta resolución  
que de tan poderoso hacía temblar el piso.  
El programa comenzó  
a las 9:23 de la mañana.  
El primer piloto dio en el blanco  
con una precisión escalofriante  
y una boca negra empezó a humear  
por el costado de una de las torres.  
Los gritos de pánico  
deformaban los rostros de los espectadores,  
que se llevaban las manos a la cara  
o señalaban el cielo  
como si el horror les congelara la mirada.  
Veinte minutos más tarde  
una cimitarra certera  
se incrustó dentro de la segunda torre,  
volando al sesgo para penetrar mejor.  
Las víctimas caían en la hoguera como moscas;  
se tiraban de cabeza desde las altísimas ventanas  
tratando inútilmente de volar,  
o se deslizaban como insectos indefensos  
por la superficie atterradoramente lisa  
de los farallones de vidrio.  
Entonces la primera torre dio un suspiro  
y empezó a derrumbarse hacia adentro  
con una indiferencia monstruosa.  
Poco después su gemela la imitó  
en medio de una horrible humarada  
que le brotó de las entrañas  
como una mortaja de angustia y de dolor.  
Cuando se dispó la muralla de humo

apareció un pedazo límpido de cielo  
que no tenía ningún derecho a estar allí.  
Las torres gemelas  
de mil cien pies de altura  
habían desaparecido del horizonte.

Entonces sucedió algo inexplicable;  
por aquella grieta celeste  
empezó a colarse una muchedumbre de gentes:  
palestinos, albanos,  
tutsis, misquitos, quichés  
escuálidos de hambre y sufriendo disentería,  
tuberculosis, malaria,  
cuanto mal imaginable  
son capaces de infligir la pobreza  
y el atraso,  
se abrazaban a los mozos puertorriqueños  
de Windows of the World, a los bomberos  
de Nueva York, a los corredores  
de Merrill Lynch,  
a los terroristas que blandían cuchillos de plástico  
contra la civilización más sofisticada del mundo.  
Juntos conformaban una sola masa sangrienta  
que no era posible separar sobre la acera.  
Aquello no podía estar sucediendo de verdad;  
tenía que ser un error garrafal  
de alguien en la estación  
que había confundido los programas  
y tendrían que corregirlo enseguida,  
antes de que les llovieran las demandas.  
Pero ya era demasiado tarde.  
El derrumbe de las torres gemelas  
salió por la televisión.  
Pasaron el programa durante todo el día.  
Millones de personas lo vieron.

ROSARIO FERRÉ